

—A partir de ahora no entres en la ciudad. Exhibe los frutos de tus trabajos fuera de sus puertas. ¡Ah! Y para que este sea válido, es preciso que despellejes al león.

Y dando media vuelta, desapareció. Como el valor tampoco era su punto fuerte, Euristeo se hizo construir un refugio donde, a partir de entonces, se encerraba cada vez que llegaba Heracles después de sus trabajos.

Heracles se quedó en la plaza de la ciudad, mirando su enorme botín, sin saber cómo sacarle la piel. De pronto —probablemente por inspiración divina— se le ocurrió usar las propias garras del animal, que estaban afiladas como navajas. Y no tardó en colocarse aquella piel invulnerable como armadura y la cabeza del león, con la increíble boca abierta, como yelmo.

Zeus, orgulloso de su hijo y para hacer mayor su fama, convirtió al león de Nemea en una constelación*. Evidentemente, Hera no aplaudió esta decisión, pero entonces todavía confiaba en el poder de su perfidia para exterminar a Heracles.

EL SEGUNDO TRABAJO: ACABAR CON LA HIDRA DE LERNA
La Hidra* de Lerna era otro de los regalitos que la previsora Hera había preparado para Heracles cuando este todavía dormía en la cuna. Se trataba de una especie de dragón gigantesco con nueve cabezas que vivía en el pantano y que, mientras esperaba encontrarse con Heracles, se dedicaba a extinguir la vida animal y humana de la región. Era un monstruo tan mortífero que, incluso cuando estaba dormido, su aliento resultaba letal.

Por fin había llegado el momento de que se encontraran. Heracles comenzó a tirar flechas encendidas a la madriguera del animal para hacerlo salir. Cuando lo tuvo a su alcance, contuvo la respiración y saltó sobre él. El monstruo no dejaba de moverse y se enroscó hábilmente los pies de Heracles para hacerlo caer, pero Heracles ya había entrado en acción.

El abrazo de la Hidra se iba aflojando porque el héroe propinaba tales golpes de maza a las cabezas del animal que las fue aplastando una a una. Pero, ¡oh, sorpresa!, cada vez que destrozaba una cabeza, del mismo cuello surgían dos más.

Y avanzaron el uno hacia el otro y se fundieron en un intenso abrazo, como el que podrían darse dos amigos o dos hermanos que hubieran estado mucho tiempo sin verse. Desde entonces fueron inseparables en todo tipo de aventuras y desventuras.

LA ÚLTIMA GRAN AVENTURA

Su última aventura tuvo lugar cuando ambos acababan de quedarse viudos. Teseo había perdido a Fedra y Pirítoo había dado su último adiós a Hipodamía. Entonces sellaron un pacto: decidieron que, como ambos eran hijos de dios, no se casarían con ninguna hembra que no fuese hija de un dios.

De manera que solo quedaba decidir quiénes eran las «afortunadas». Pirítoo dijo:

—Yo voto por Helena, la hermana de los Dioscuros. Esta unión tiene muchas ventajas tanto para ti como para mí: es extremadamente bella, es hija de Zeus y tanto a tu reino como al mío les iría muy bien una alianza matrimonial con su ciudad, Esparta.

Teseo rió y chocó su copa de vino con la de su amigo para mostrar su conformidad. Pirítoo continuó:

—Cuando la tengamos, nos la jugaremos a suertes. Quien gane se quedará con ella, pero deberá acompañar al otro a buscar otra hija de Zeus.

—¡Sin que importen los peligros!

—¡Sin que importen los peligros! —repitió Pirítoo entusiasmado. Y aquella misma noche se pusieron en camino hacia Esparta para raptar a Helena. Fue muy fácil tomarla mientras bailaba una danza ritual en el templo.

Teseo, que ya había traspasado la cincuentena, ganó a Helena en el juego. Era bellísima, y todo en ella anunciaba una mujer espléndida. Sin embargo, en aquel momento era todavía una niña. Debía esperar a que se hiciera mujer para casarse con ella. ¿Dónde la dejaría mientras tanto? La ciudad de Atenas nunca aceptaría una rehén semejante. Así que la ocultó en la pequeña ciudad de Afina y pidió a su madre, Etra, que cuidase de ella.

UN PROYECTO TEMERARIO

Entonces, Pirítoo recordó a Teseo su pacto y visitaron juntos el oráculo de Zeus para saber cuál era